

tan inesperadas frases y quedó al pronto mudo de puro asombro.

—No extrañe usted, repuso el señor Ribera, esta manera brusca mía; es mi carácter y voy siempre recto y al fondo de las cosas sin circunloquios ni barnices de políticas falsas que repugna mi franqueza. Repito, pues, que está usted á tiempo de retirar su demanda.

—No comprendo, la verdad, por qué me hace usted invitacion tan extraña... profirió Narciso, asustado, temblando con el natural temor de perder en un instante la fortuna que ya miraba en sus manos.

—Muy pronto vá usted á entenderlo. Yo gusto de las situaciones claras y obro siempre con lealtad en todos mis asuntos. Me duele equivocarme en mis cálculos y no quiero que se equivoque nadie conmigo: usted puede haberse equivocado.

—No señor... ¿por qué? replicó Narciso reponiéndose un poco; y repito que no entiendo...

—Mire usted; yo soy rico, pero mi fortuna no ha de influir en lo más mínimo en el casamiento de mi hija. Usted ha visto cómo se ha criado tan modestamente al lado de su madre. ¿Sabe usted por qué? Porque no he querido alejar de ella con el brillo del lujo á un hombre modesto y digno, ni atraer los instintos de un necio vanidoso ó la ambicion de un miserable. Mi hija tendrá de casada la pension que goza de soltera, ni más ni ménos. Si sus virtudes bastan á usted, puede seguir adelante con su empeño; pero si ha mezclado usted otros pensamientos al de la felicidad moral del matrimonio, yo debo aconsejarle que desista de su idea.

Un sopro helado recorrió las venas de Narciso Vilafra al oír que Anita no disfrutaría de casada un céntimo más de la pension que tenia de soltera.

En realidad sus cálculos eran otros, y nadie hubiera imaginado que un capitalista, un millonario tan fuerte como el señor Ribera, dejara de señalar á su hija única una dote proporcionada á su gran fortuna.

Pero Narciso no se desconcertó por esto, ni se acobardó. El necio tuvo en esta ocasion verdadero talento, y el miserable un valor digno de más noble carácter.

Acudiendo impávido al terreno en que le retaba su futuro suegro, respondió con el mayor aplomo:

—Usted debe saber que al solicitar la mano de Anita, yo no hice mencion siquiera de la fortuna de su padre: yo cuento con la mía, que si es modesta, basta, no obstante, para sostener á mi mujer con el decoro que la sociedad exige y para las necesidades de mi familia. Si otra razon, pues, no se opondrá á nuestro casamiento, si usted no tiene otro motivo para aconsejarme que desista, yo llevaré adelante mi propósito, siguiendo los deseos de mi corazón, y me llevaré á mi mujer con la pension y sin la pension de su padre.

Desvaneciése la esperanza que por un momento habia abrigado el señor Ribera, el cual, no queriendo oponerse de una manera despótica y violenta al amor de su hija, justamente temeroso de las consecuencias, habia imaginado hacer desistir á Narciso, confiando en poder consolar y distraer luego á la joven persuadiéndola de la indignidad del interesado pretendiente y empleando los grandes elementos que ponía en su mano su fortuna.

Pero Narciso fué más astuto. Consideró que lo importante era llevarse á la hija, y que con ella habia de venir más ó ménos tarde á sus manos la riqueza del padre. Ni juzgó que aun por el presente se limitara éste á lo que habia dicho; las circunstancias le obligarian forzosamente á hacer algo más, dado que la intencion del señor Ribera no hubiese sido meramente la de probar hasta qué punto obraba por interés ó por amor el joven.

—De todas suertes, pensó Narciso, le he cogido, y así era la verdad.

El señor Ribera se hallaba cogido, sin racional pretexto para oponerse al casamiento ni motivo que pareciera justo para desbaratarlo.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuará).

UNA EXCURSION EN BUSCA DE FÓSILES.

LA CAVERNA DE EA.

Habíanse celebrado *honras fúnebres* para el eterno descanso, no recuerdo de quién, en el pueblo cantábrico donde yo, veraneando, procuraba recomponer las averías de la máquina de mi cuerpo, metido en aquel hermoso rinconcito como se mete un buque en dique seco para calafatearlo.

Cuando digo que se habian celebrado *honras*, ya sé lo que me hablo.

Siempre que en cualquier lugarejo ó villa de Vizcaya hay solemnidad religiosa en la que se repica gordo, se aumenta, transitoriamente, el personal del clero del pueblo con los curas y vicarios de los inmediatos, hasta reunir el conjunto de voces necesario para que luzca el canto, más ó ménos gregoriano, de la funcion.

Queda pues sobrentendido que, con motivo del funeral susodicho, habia en el lugar aquel dia, además de los clérigos propios, los de Ibarranguelua, Nachitua, Ea, etc., etc. Basta á mi propósito consignar que estaba allí el de Ea.

Venia el buen señor repleto de noticias *de sensacion* (como diria un revistero), y de sobremesa las fué desembuchando con tal arte, que llegó á dominar la atencion de los comensales, y hasta les hizo olvidar la siesta, al ménos por el pronto.

El caso valía la pena.

Y era el caso, en resumen, el siguiente.

Nadando unos chicos en la entrada de la ria, durante las *aguas muertas* ó marea baja, habíanse metido en un agujero que casi á flor de agua abria su oscura boca; y sacado de él unos huesos y unos dientes de desafortada magnitud, con los cuales empezaron á jugar, y acabaron por apedrearse.

Un caballero de Madrid, que tomaba su baño allí cerca, hubo de fijarse primero en la chiquillesca batalla, y luego en la naturaleza de aquellas armas arrojadas; y recogiendo alguna de ellas, quedóse atónito y como quien por casualidad da con la *equix* de un descubrimiento trascendental.

Tomó informes del sitio de donde los huesos procedían, y guiado por los muchachos, se dirigió á la misteriosa gruta precedido y escoltado por un par de docenas de aquellos anfibios, y en el mismo traje que nuestro padre Adán (pero sin la bíblica hoja), penetró en el antro... chorreando por supuesto.

¿Cuál no seria el asombro de aquel buen señor al hallarse en una *espelunca* cuya bóveda, cuyas paredes y cuyo suelo hallábanse *mechados*, digámoslo así, de osamentas las más raras y descomunales que él habia encontrado hasta entónces?

Vió allí la fuente de preciosos descubrimientos paleontológicos; vió que, á su alrededor y en abundancia maravillosa, los huesos se encontraban *hincados* en la tierra y en las rocas, como otras tantas *claves* de otros tantos problemas de antropología prehistórica, en forma

de tibias, fémures y mandíbulas; vió, en fin, el dedo de la Providencia que, por desusado camino, le llevaba á continuar en aquel ignorado rincón de Vizcaya, los admirables estudios de los D'Orbigny, Desnoyers, Bouchard de Perthes, Lortet, Quatrefages, Falconer y demás investigadores de los enigmas fósiles.

Ya no le hizo provecho el comenzado baño,

Arrancó de aquel fúnebre archivo cuantos restos pudo; vistióse á toda prisa (y aun es fama que se puso el chaleco al revés y se descuidó dos botones de sus tirantes), y corrió al pueblo á hacer partícipes de su alegría científica á los compañeros de alojamiento.

Antes de una hora el pueblo entero estaba enterado del suceso, y el afortunado explorador había tenido que



FAUNO Y SÁTIRO.—GRUPO ESCULTÓRICO DE ENRIQUE MOLLER.

(Véase la página 63).

repetir cincuenta y siete veces (una más ó una ménos) la relacion del caso, añadiendo nuevos comentarios y nuevas notas á cada una de las ediciones.

Naturalmente, las personas más ilustradas del lugar, entre las que se encontraban dos curas, el médico, el maestro y el albéitar, formaron desde luego el núcleo de aquel naciente congreso de paleontólogos, donde se examinaron los huesos por todos lados, y se entablaron prolongadísimas y concienzudas discusiones acerca de la procedencia de los mismos.

El resultado de esta primera sesion y de las de los días sucesivos, con presencia de nuevas *muestras* traídas á granel por los intrépidos chiquillos, fué llegar á las conclusiones siguientes:

- 1.^a Que los huesos eran de animales muertos.
- 2.^a Que no parecían de ninguna de las especies conocidas en el país.
- 3.^a Que debían por lo tanto declararse *fósiles*, sin perjuicio de proseguir los oportunos trabajos de exploracion y clasificacion.

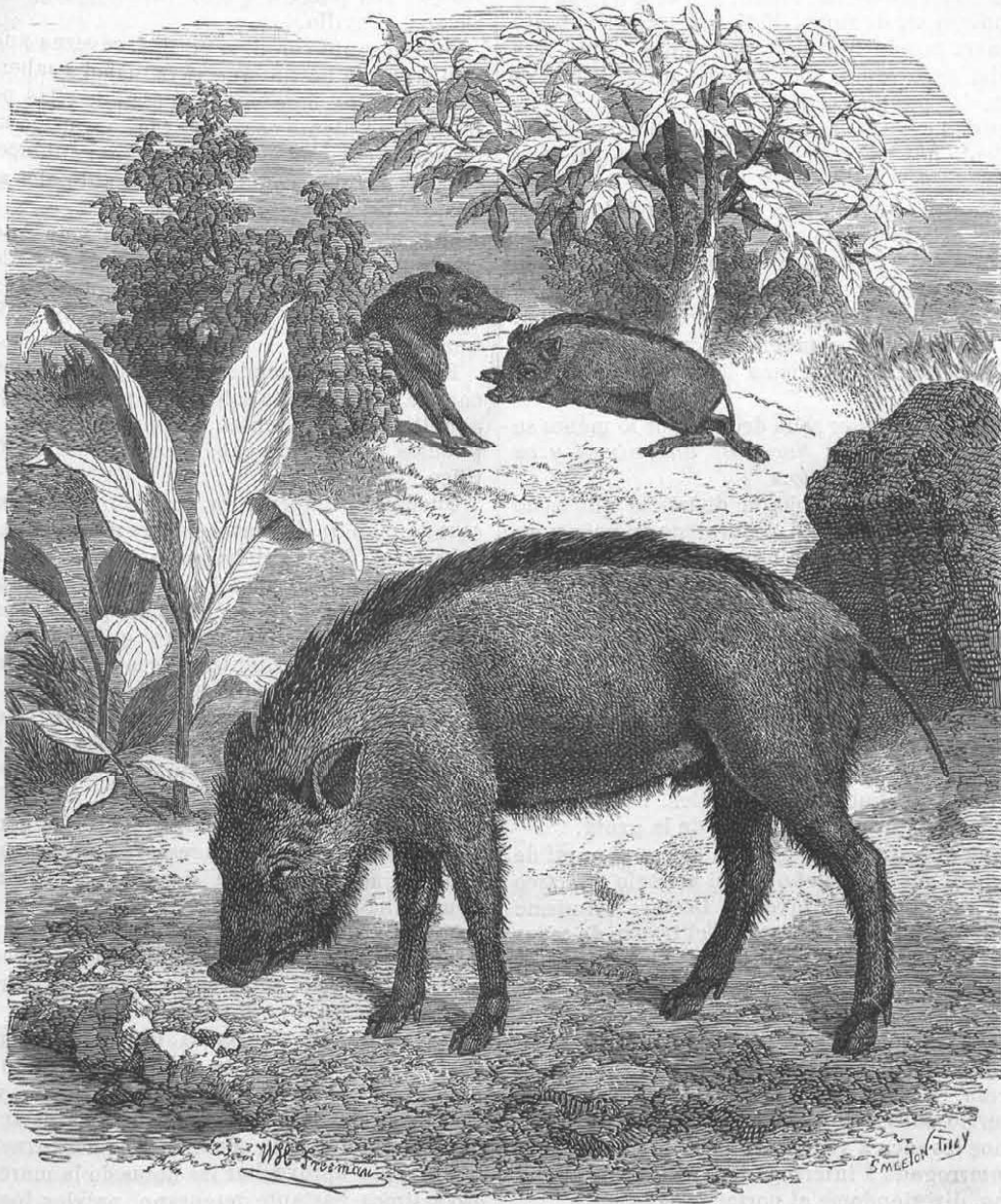
4.^a Que, por de pronto, los dientes hasta entonces extraídos debían ser de mamíferos de gran talla, y acaso tenía Ea, allí, á pocas brazas, una mina preciosísima de mamouhts, dinoterios y megaterios, que atraería en lo futuro lucida y numerosa concurrencia de sabios y de *touristes*.

Tal fué, en sustancia, la relacion que el señor cura de Ea nos hizo de sobremesa, el día aquel memorable de

las honras fúnebres en sufragio de... (¡es particular que no acierte á acordarme del nombre del difunto!...)

Y he dicho *nos hizo*, porque yo tambien asistí á los postres de la comida.

Al final de la narracion, el orador desenvainó uno de aquellos célebres dientes, que aunque roto, no dejaba de tirar medio palmo; y plantándolo en el centro de la mesa, sin pedir perdon á los manteles, exclamó:



JABALÍ COCHINCHINO. — (Véase la página 64).

—Ahí tienen ustedes una muestra, y díganme si no es verdaderamente admirable por su forma, por su dureza pétrea y por su tamaño.

Todos fuimos, por riguroso turno, examinando y admirando la ebúrnea *herramienta*.

Y terminado el prolijo reconocimiento, las miradas curiosas é interrogativas se fijaron, por mal de mis pecados, en mí.

Tras las miradas llovieron las preguntas, como fuego graneado.

Desde el fondo de mi alma agradecía yo aquellas ma-

nifestaciones que marcaban una deferencia hácia mi humilde individuo, y una confianza en mis conocimientos científicos, que eran para envanecer á cualquiera. Pero la verdad es que me veía tan apurado como un estudiante que vá á examinarse de una asignatura de la cual no ha catado más que el nombre; porque allá en mi interior, muy en mi interior, yo tenía que confesarme á mí mismo que, si en otras ciencias no estaba fuerte, lo que es en paleontología no estaba ni fuerte ni flojo.—Lo repeloso era tener que confesarlo tambien en alta voz, desilusionando por completo sobre este par-

ticular á todos aquellos señores que tanto esperaban de las luces de mi cacúmen, (Dios se lo premie, y se lo perdona).

Nada: fué preciso apelar á circunloquios y frases huecas, por el estilo de los que yo recordaba haber oído á algunos sabios en parecidas situaciones, y que ni pinchan ni cortan.

—Señores: es indudable que aquí tenemos un ejemplar de diente, grande, ebúrneo, casi petrificado, cargado á trechos de cierto sedimento calizo, al parecer, aunque también pudiera ser de sarro. Está roto, y por lo tanto me parece aventurado fijar la forma en que debió terminar la raíz; pero repito que no cabe duda de que es un diente, molar por más señas.

—Sí, lo que es eso... se atrevió á adelantar uno de los oyentes; diente nos ha parecido á todos, pero ¿de qué animal?

—Hombre; diré á usted. Hay en este mundo tantos animales que, así, de pronto... vamos, no me parece tan fácil. Sin embargo, procediendo con método... Desde luego la forma y *lineamientos* de la *corona*, aunque algo gastada, permiten asegurar que perteneció á animal herbívoro. Si poseyésemos muchos otros huesos, pero que se supiese eran de la misma bestia, ya sería otra cosa.

Yo recordaba que Cuvier solía decir (ó por lo menos se le atribuye): «*Dadme un hueso de un animal y os reconstruiré todo el esqueleto.*»

Con que, midiendo, así á ojo, la distancia que es de razon se admita entre el sabio naturalista francés y un servidor de ustedes, no era gollería pedir lo que menos una docena y media de huesos; con lo cual, si bien es verdad que tampoco habría yo acertado á completar el armazon, acaso hubiese distinguido si era de gato ó de girafa.

—Mire usted, dijo el de Ea: que el diente no es de ninguno de los animales del país, eso ya lo ha certificado el albéitar; y el mismo caballero de Madrid, que según las trazas es persona ilustradísima y conocedora en estos asuntos de huesos y de fósiles, está en que *fósiles* y no menos que *fósiles* son los de la gruta.

Declaro que el testimonio del albéitar era para mí de más peso que el del madrileño, en el negocio práctico de reconocer molares de herbívoros. Declaro asimismo que empezaba ya á sudar, puesto en el trance de tener que exprimir de mi cerebro un jugo que él se negaba á darme.—Hubiérame holgado muy mucho entonces de poseer siquiera nociones de anatomía comparada (sobre todo dentaria), de geología y de otra porción de ciencias que yo suponía indispensables para resolver tan intrincado problema.

Se me ocurrió salir del paso haciendo una evolucion que á algunos les saca á veces de apuros.

Pasé de interrogado á interrogador, y dije con admirable aplomo, dirigiéndome al portador del diente:

—¿Pero ustedes han reconocido *científicamente* la cueva esa? ¿Conocen ustedes la estructura y la composición, la *naturalidad geológica* de aquellos terrenos? ¿Son *cuaternarios*? Y si lo son, ¿son *diluvianos* ó *aluviones*? No creo que en la situación en que usted los pinta, pueden ser ni *pliocenos* ni *miocenos*, ni mucho menos *eocenos*, porque de seguro no llegan á formar en el grupo de los *terciarios*, según la clasificación de Lyell.

Me tuve por feliz por haber topado con la reminiscencia del nombre del ilustre clasificador inglés, pero afortunadamente no se necesitaba tanto para que mi interlocutor fuese abriendo gradualmente la boca y enarcando las cejas, aplastado por mi *erudición*.

—Pues si no tienen ustedes estos datos, proseguí, es inútil que discurramos más en ello, porque como cada terreno tiene su *fauna* y su *flora fósiles*, lo primero que necesitamos es conocer el asiento geológico de las especies que se buscan.

—Diré á usted, contestó el otro como quien formula una disculpa. Ni yo ni nadie del pueblo hemos entrado en la caverna, cuanto menos estudiarla. Es claro que esos datos que usted dice faltan; pero teniendo los huesos nos parecía que... vamos... por el hilo podría sacarse el ovillo.

—Pero santo varon, si en una caverna puede haberse metido tanta bestia, que vaya usted á saber después de miles de años, ó de siglos, á cuál de ellas pertenece un hueso ó un diente cogido al azar. Si usted me responde de que la caverna es antediluviana, entonces ya es otra cosa. Conocidos, como lo son, los animales antediluvianos, les pasaríamos revista y...

Dejé el período colgado, porque veía que mi lógica corría peligro de dar un resbalón mayúsculo.

Algunos de los oyentes daban cabezadas; los demás callaban, y poco á poco la conversacion se fué haciendo también *fósil*.

Habían ido corriendo las horas de la tarde, porque la comida fué un tanto solemne y prolongada; muchos de aquellos señores tenían que regresar á sus respectivos pueblos, y así me acabé de salvar del naufragio científico.

Quedóme, empero, un comezon de curiosidad, una cosa, á manera de hormigueo cerebral, que no sé cómo calificarlo. Yo no daba gran importancia á lo de la cueva, y con todo conocí que no estaría tranquilo hasta haberla explorado por mí mismo. ¿Quién sabe, pensaba aquella noche mientras me quitaba los calcetines, quién sabe si esos dientes y esos huesos serán verdaderamente *fósiles*, como asegura el caballero madrileño? Y si lo son, ¿no es una lástima que un solo madrileño cargue con la gloria íntegra del descubrimiento?—Vea usted como el pícaro espíritu de provincialismo se insinuaba ya en el asunto.

De todos modos, la expedicion valía la pena de intentarla; y guardando toda la reserva que el caso reclamaba, quedó fijada para el día siguiente, á pesar de que el tiempo iba achubascándose.

Mi amigo Martín, cuya desinteresada cooperacion en aquel trance no olvidaré nunca y agradeceré siempre, partió conmigo el entusiasmo... y la mojadura; porque... nos mojamos, ¡vaya si nos mojamos!...

Desde el pueblo hasta Ea, el camino es un paseo; y paseo deliciosísimo si se echa por el atajo de la montaña, cosa que no hay dificultad en hacer yendo á pié. En menos de hora y media podíamos estar juntos á la gruta, andando bien como andábamos, gracias á Dios.

Convenía aprovechar las horas de la marea baja. Por eso salimos bastante temprano, previos los necesarios cálculos astronómicos lunares que se hicieron con el Anuario de las longitudes á la vista y que después, francamente, se me han olvidado por completo.

Los viajes suelen comenzar como las comidas: en silencio.

Martín y yo caminábamos callados y sin perder el compás de nuestra andadura.

Yo no sé en qué iría pensando el bueno de Martín; pero de mí puedo decir que iba con la cabeza llena de *cavernas*. Con la vaguedad con que suele recordarse lo que nunca se ha sabido bien, brotaban de los rincones de mi nebulosa memoria los recuerdos de las cavernas de Etampes, con los huesos de reno que Gettard recogió en ellas; las no menos célebres cuevas de Montmorency

y de Amberes; las de Gailenrchut, en Franconia; las de Quercy y las Cevenas; las del Hartz; la famosa del Mamouth con su insondable sima; las exploradas por Claussen en el Brasil; la de Maestricht con sus esqueletos de *mososaurio*, y hasta las más recientes excavaciones de Moulin-Guignon y de Saint-Acheul. En fin, creo que por estar Ea á la entrada de una ria, llegué á pensar en las prehistóricas ciudades lacustres del lago de Ginebra, y en los Kiekkeumaddings de Dinamarca, que tanta tela han dado á los sabios investigadores modernos.

Ya dije ántes que el tiempo estaba amenazador. Revueltas nubes empujadas por un Noroeste, que iba refrescando por momentos, enturbiaban el azul del cielo y oscurecían el brillo del sol.—Lo ameno del paisaje que es, durante la mayor parte del camino, *de doble efecto*, pues ofrece hermosos puntos de vista por un lado á la costa y por otro á las montañas, entre frondosos castañares y nocedales, perdía mucho de su interés para nosotros que estábamos entónces preocupados con el objeto de la expedición, y además mohinos por el viento que arreciaba y por la llovizna que comenzaba á caer.

El viento llegó á hacerse huracanado, y la lluvia se deshizo en aguacero.

Omito pormenores: á la altura de Nachitua estábamos ya hechos unos *naufragos de tierra*; y al llegar á Ea, y al cobijarnos en casa de unas buenas señoras, primas de Martin, pudieron nuestras huéspedes dudar si habíamos ido á pié por la estrada, ó por mar, á nado.

Nos secamos del mejor modo que pudimos por fuera, y nos *restauraron* por dentro con un sustancioso almuerzo, propinándonos las dosis de vino riojano que nuestro estado reclamaba.

Por más secreta que habíamos tenido nuestra expedición, teníase ya noticia de ella en el pueblo y... se nos esperaba. ¿Cómo se adelantó á nosotros el anuncio de nuestro viaje? Esto es lo que no pude averiguar.

Abreviamos explicaciones, porque precisaba aprovechar el tiempo de la baja-mar, y emprendimos denodadamente la última parte de la excursión, provistos de los necesarios cabos de vela (no habia otras antorchas), un pico, un escardillo y una palanqueta, con más un mozo de buena voluntad y mejores puños, adherido á los antedichos instrumentos.

Afortunadamente el temporal, que habia aguardado sus rigores para azotarnos durante el camino, escampó algo, y aun permitió que el astro del día enriqueciese con su luz la pintoresca perspectiva del pueblo, de la pequeña ria y del puertecillo en ella asentado.

Ea es un lugarejo de 1200 almas (siento decirlo, pero no es más que un lugarejo), situado en la costa cantábrica á dos leguas y media al Este de Bermeo y á siete al Este-Noreste de Bilbao. Con respecto á otros pueblos de Vizcaya debe figurar entre los más modernos, pues su fundación data de unos 300 años.

La barriada principal formada por varios caseríos, está situada en el término de Ereño, y la otra en el de Nachitua, divididos ambos por la ria que en su embocadura forma un puerto chico de escaso fondo, que se queda completamente seco durante las bajas mareas.

No recuerdo si la de aquel día era de *szigio* ó de *cuadrante*; aunque me parece que era de las primeras, y nos hallábamos además en el equinoccio de setiembre, lo cual la hacia más viva.

Al punto en que llegamos, algunos nadadores, *machos y hembras*, que impertérritos arrostraban el mal tiempo y la rompiente del mar, surgieron, como *nygades* y *trítones*, de las *espumosas ondas*; vistieronse deprisa y se agregaron á la comitiva que ya no era tan escasa, toda

vez que por el camino la habian engrosado tres curas, el médico y su señora, un estudiante de medicina, el cirujano, el propietario de unos terrenos que caen sobre la cueva consabida, y el correspondiente acompañamiento de chiquillos y mozas.

Por fin estábamos *allí*: allí, es decir, á pocos pasos del *enigma*.

La entrada del puerto, en forma de boquete flanqueado por enormes peñascos que se apoyan sobre altísimas paredes de rocas dispuestas en estratos colosales, cobraba á mis ojos unas proporciones y una importancia extraordinarias. Me pareció que no podía dispensarme de tomar un cróquis de aquel lugar que iba á ser desde aquel día memorable, é hizo mentalmente firme propósito de volver otro día con un buen fotógrafo de Bilbao á sacar algunos *clichés* en debida forma.

La marea dejaba al descubierto todas las rocas del fondo, cubiertas de aquel musgo verdinegro que semeja cabelleras de monstruos marinos, y entre las hendiduras corrían los cangrejos en busca de más profundos escondrijos. El cielo estaba cubierto de nubarrones densos y oscuros; aullaba el viento al chocar contra las peñas ó al cortarse en los árboles añosos de las cimas, y la mar agitada é imponente, con aquel color plumizo que hace que el agua parezca *más espesa* que cuando ostenta en calma el hermoso tinte verde-azul reflejo de la serenidad de la atmósfera, despedía con fieros mugidos las olas que venían á estrellarse á nuestros piés, para deshacerse en blanquísima y vaporosa espuma.

Y nosotros trepando y serpeando por aquel accidentado y roqueño pavimento, escalando algunos de los estratos y encaramándonos hasta la grieta donde se hallaba el misterioso antro objetivo de nuestra curiosidad.

Vistos desde la otra orilla, debíamos presentar un conjunto digno del pincel de cualquier buen pintor de marinas.

Y luego, ya en la abertura de la gruta, en cuya boca no cabíamos más de cuatro ó cinco personas; destacadas nuestras siluetas sobre el fondo negro de la cavidad por la luz mezuquina y vacilante de *medio cirio*, de seguro producíamos un efecto altamente fantástico.

—¿Qué le parece á usted esto? me preguntó Martin, miéntas los dos nos agarrábamos lo mejor posible puestos en riesgo inminente de pediluvio involuntario.

—Compadre, por ahora este terreno no tiene la pinta de ser muy fosilífero que digamos. Esta gruta muestra haberse formado por el desprendimiento de rocas sueltas y tierra dentro de una hendedura de separación entre dos grupos de los peñascos de la montaña.

—Pero, ¿puede negarse lo de los huesos y dientes?

—Claro que no; y como este demonio de planeta nuestro tiene cosas tan raras...

Me vino á las mientes aquel cuarteto que creo es de Béranger (y sino, será de otro):

«Notre planète eût une enfance étrange;
»Buffon l'a dit, Cuvier l'a constaté:
»Un peu de feu qu'enserme un peu de fange,
»Donne naissance à ce monde encroûte.»

—Adelante, pues, con los faroles, digo, con los cirios, y salgamos una vez de dudas. Vamos á ver esos huesos y esos dientes; vamos á registrar todos los rincones de este agujero en forma de osario ó de este osario en forma de agujero...

Nos colamos dentro apretándonos, comprimiéndonos, porque todos querían encaramarse á una, quienes *por la vía seca*, esto es, saltando de roca en roca; quienes

por la vía húmeda, es decir, metiéndose decididamente de patitas en la agua.

Y... en efecto: lo del madrileño era verdad.

Era verdad que aquella cueva era una cueva cuajada, repleta, apiporrada de huesos... ¡Oh!... pero de qué males, las rocas, el suelo... formados, literalmente formados por tibias, costillas, femures, calaveras, dientes, mandíbulas... en fin, por huesos enteros, rotos, carcomidos, desmenuzados... pero huesos, huesos verdaderos, huesos indudables, huesos auténticos. La imaginación me reprodujo en seguida algo del fúnebre cuadro que yo había leído en aquel tiempo feliz de mi mocedad en que leía novelas románicas; parecían estar en la caverna de Mória habitada por el Solitario del monte salvaje, tan espeluznantemente descrita por el vizconde d'Arincourt.

Pero calmado los arranques de la soñadora fantasía, y haciendo plaza a la observación fría y concienzuda, se veía bien que todos aquellos huesos no eran como los de los borrochones que rodaban á Carlos el Temerario; ni huesos del hombre de la Edad de piedra, ni siquiera huesos del *ursus spelaeus*, ni de Mastodonte, ni de Megaterio, ni de Plesiosaurio, ni de Megalosaurio, ni de ninguna otra bestia antediluviana, sino... ¡decepción horrible! Huesos de burro... (ó de mulo, caballo, etc.).

Desgraciadamente no podía haber duda. El primer fragmento que arranqué oía á carroña. Nuevos trabajos de pico y de palanqueta nos proporcionaron ejemplares más que suficientes para desvanecer la última esperanza.

Salimos mochos y corridos de la célebre gruta.

—¡Amigo Martín, para este viaje sí que no se necesitaban alforjas!

—¡Hombre, si parece mentira! Una colección tan magnífica de fósiles, convertida en cementerio de borrichos. ¡Mire usted que es mucho cuento el de las dichosas muelas recogidas por el caballero madrileño!

—Pues, no hay más. El caballero madrileño y nosotros hemos acreditado ser dignos de llevar esas muelas en la boca.

Lo grave fué que el caballero que entraba en la alusión, era de los que se bañaban aquel día mientras nosotros dábamos cima á nuestra empresa; y vistiéndose bonitamente vinose tras nosotros que, como no teníamos

el gusto de conocerle, tampoco sospechábamos que hubiera podido oír mi chiste majadero.

Tocóme suavemente en el hombro, saludóme con exquisita urbanidad, y se nos presentó como iniciador del descubrimiento.

Corrimos de esto más de lo que me había corrido del



LOS MIRONES CUADRO DE J. G. BROWN. (Véase la página 61.)

desengano; y él empezó á dispararme á boca de jarro, con mucha finura, una andanada de preguntas capciosas.

Por suerte conocí á las primeras de cambio que el interrogador estaba á poca mayor altura de conocimientos paleontológicos que el interrogado; y por otra parte ya la *etocuencia de los hechos* hablaba muy alto, en favor de mi opinión, á todos aquellos que habían visto, tocado y oído los famosos huesos.

Sin embargo: lo de las muelas descomunales era tan

significativo para el madrileño, que no acabó de darse á partido. Y así quedamos él en sus trece y nosotros en nuestras catorce, echando al fin la cosa á broma, y separándonos mutuamente satisfechos de los recíprocos y corteses ofrecimientos.

Comimos suculentemente (esto no podía faltar) en

sabía, y rebosaba chiste y alegría sazonada con francas carcajadas.

—¿Sabe usted que con todo, y lo que usted dice y lo que hemos visto, esa convicción acerca del caballero de Madrid no deja de hacerme dudar á ratos? exclamó el cura cuando ya íbamos á despedirnos.

Y volvió á desvanecer por centésima vez el diablo magno. —Lo particular es, añadió su merced, que si fueran dientes de burro, ¿cómo no los conoció el alféitar? —También á mí me admira, dije, que quien todos los días se roza con el ganado mular y caballar, desconozca las piezas dentarias de tales bestias.

En esto venía en dirección opuesta á la nuestra, un arriero aragonés con cuatro machos de raza, al paso que éstos querían, llevando el compás pausado con los sonoros cascabeles y campanillas de los petrales y cabezones.

El cura quiso tentar el último ensayo.

Paró al arriero, y poniéndole el *dientes-tipo* al nivel de las narices, le pregunté sin más preámbulo: —Chico: ¿qué te parece que es esto?

—¡Conchato! (y echólo redondo sin miramiento á las barbas del cura). ¿Qué ha de ser? Una muela de abrijo... Y si no, ¡místele, conchato!

Y más pronto que se piensa, agarré con ambas manos una hacia arriba, otra hacia abajo, el morro del macho delantero, obligándole á tan espantosa separación de mandíbulas, que puso de manifiesto, en forzado hostezo, cuatro magníficos grupos de muelas exactamente como la de la muestra.

Casi no pudimos despedirnos. Nos miramos unos á otros, científicamente aplastados por aquella última *palta*, sin vuelta de hoja; y nos separamos con una risolada; mientras el arriero, que de una manera tan magistral acababa de resolver el problema paleontológico, continuó tranquilo su camino exclamando:

—¡Con Dios, caballeros!... ¡Arreeee! Confieso que aquello me sonó mitad á saludo y mitad á alusión... personal.

E. BERTAN.

Barcelona, noviembre de 1878.